

taba la preciosa composicion imitativa del mismo maestro titulada: "Un sueño en el mar."

Sanchez se separó del grupo haciendo una cortesía y se fué á sentar por otra parte.

Chona, Salvador y el elegante se dirigieron una mirada de inteligencia.



CAPÍTULO XII.

CONTINUA SANCHEZ EN EL CAMINO DE
SU ENGRANDECIMIENTO.

DESPUES de algunas piezas ejecutadas en el piano por los profesores, y de otras muy notables acompañadas por los instrumentos que constituian un cuarteto musical, la concurrencia fué invitada á pasar al comedor.

Sanchez, que á imitacion de los demas, habia ofrecido el brazo á una señora, atravesó las habitaciones, no sin poner el mas minucioso cuidado, aunque con disimulo, acerca de los pormenores que pudiera atrapar sobre los muebles y su colocacion, con objeto de tomar nota y

aprender ciertos detalles, supuesto que se le presentaba la ocasion de estudiar este punto en una casa de la que Sanchez tenia el mas elevado concepto, reputándola como un modelo de buen gusto y elegancia.

El comedor estaba profusamente iluminado por medio de un candil con quinqués, con dos hermosos candelabros de doce luces que estaban colocados sobre la mesa y entre dos magníficos jarrones de porcelana que sostenian grandes espejos esféricos; habia ademas encendidos cuatro candelabros ó albortantes de pared de siete luces cada uno.

Todo el servicio era de reluciente cristofle: habia hermosos ramilletes colocados en graciosos jarrones, y sobre cada servilleta, una tarjeta con el nombre de la persona que debia ocupar el asiento respectivo.

Sanchez ocupó su asiento, y lo primero que llamó su atencion fué la manera con que estaban dobladas las servilletas: le pareció muy ingeniosa y se propuso hacer un ensayo con un pliego de papel tan luego como pudiera hacerlo, pues ya le habia pasado por las mientes corresponder á Cárlos su fina invitacion.

Sanchez, colocado entre dos señoras, comprendió que tenia necesidad de no perder movimiento á sus vecinos, para hacer exactamente lo que ellos hicieran en materia de obsequiar debidamente á sus adláteres.

Preocupado con esta idea, se convirtió en autómatas imitador de su vecino de enfrente.

—¿Le sirvo á usted de esto? decia este.

—¿Le sirvo á usted de esto? repetia Sanchez.

—Ofrezco á usted, señorita, un poco de esta jaletina que me parece la mas esquisita.

—Ofrezco á usted, señorita etc., repetia Sanchez, quien al servir unos pastelitos, no acertó á tomarlos en equilibrio con el cuchillo y los tiró dos veces.

Aunque una de las cosas que habia aprendido Sanchez desde que enriqueció, era á beber, le pareció que en aquella vez debia estar sóbrio y bebió menos de lo que hubiera podido sin parecer mal.

Sanchez ansiaba porque llegara la hora de los brindis, porque en esta materia se creia fuerte, supuesto que en el Tívoli habia hecho tan repetidos ensayos, que por otra parte, le habian valido la reputacion de exaltado patriota.

La conversacion que habia empezado con Chona, le hacia pensar en que era preciso al brindar hacerlo de manera de no herir las creencias de aquella familia y á la vez explicar que él, siendo liberal y todo, bien podia ocupar un lugar entre aquellas personas tan aristocráticas.

Efectivamente, Cárlos fué el primero que dijo algunas palabras, dando las gracias á sus apreciables convidados.

Este brindis fué contestado por dos de los concurrentes sucesivamente, y entonces fué cuando Sanchez se paró, indicando con su copa en la mano que iba á hablar.

Reinó el silencio.

—¡Señores! dijo: he tenido el honor de ser invitado á esta distinguida fiesta de familia, en la que me ha parecido que es de mi deber manifestar á las personas de dis-

tincion que me escuchan, que mis deseos, que los deseos mas ardientes de mi corazon.....

Sanchez, que habia tropezado en este momento con la mirada de un señor, sintió que se le habia ido la idea, se le olvidó completamente lo que iba á decir, pero continuó:

—Porque, señores, el engrandecimiento de la sociedad depende... esencialmente de... de la union, de la union sincera sin distincion... de colores políticos y sin pasion, sin prevencion, y del respeto debido á la opinion.....

Sanchez notó que el consonante en *on* le habia hecho un flaco servicio á su literatura, y doblemente mortificado, continuó:

—Porque yo respeto, señores, las creencias y no exijo que todos los hombres piensen de la misma manera; los destinos de la nacion están marcados en el cuadrante del destino.....

Esto del cuadrante del destino lo habia aprendido Sanchez de un diputado.

—Porque repito, señores, continuó, que no riñe la cortesía y la buena sociedad, con la idea política, ni con la cosa pública ¡y así! (exclamó mas recio creyendo haber hallado un eslabon para preparar el final) y así, repito, señores, que estando unidos los mexicanos, sin la pasion y sin las distinciones odiosas..... ¡¡para la prosperidad y el engrandecimiento de la patria! dijo de repente con el acento propio de una de esas conclusiones lógicas y contundentes, y apuró la copa.

Pero su embarazo no tuvo límites en el momento en que notó, bebiendo todavía, que la mayor parte de los concurrentes no llevaban la cepa á los labios, pues los que no tenian á la sazón fija la vista en Sanchez, no habian tenido motivo, al menos en el orden gramatical, para juzgar que el brindis habia acabado.

Sanchez tembló y no se atrevió á buscar miradas á su derredor, porque temió encontrarse con sonrisas significativas.

Salvador, que estaba sentado junto á Chona, le dijo:

—¿Qué dice usted que bárbaro?

El jóven elegante que conocemos, añadió al oido de Chonal

—¡No se lo dije á usted? si este quidam debe haber sido gañan, pero he aquí el fruto de las revoluciones ¡oh! esto es insoportable!

—Y luego que Cárlos me lo ha presentado, dijo Chona, de una manera que.... estoy segura..... á este hombre lo necesita mi marido.

—¡Chonal dijo Salvador, ahora la compadezco á usted doblemente; Cárlos va á acabar por traer la comuna á su casa de usted.

Salvador apuró una copa.

—Creí que esta noche tampoco beberia usted, Salvador.

—Esta noche sí, por hacer lo que todos hacen y sobre todo, porque.....

—Porque no hay *licorera*.

—¿En la *licorera* consistía?

—Sí.

—Entonces no debo invitar á usted.

—Acepto el equívoco, y yo soy ahora quien invita á la *licorera*.

—¡Ahl..... dijo Chona alargando mucho esta sílaba, tomemos.

—Por..... nuestra salud, dijo Salvador, recalcando las palabras y aludiendo á la enfermedad moral de que habian hablado.

Despues de apurar su copa se dirigieron una mirada.

Ninguno de los convidados despues de Sanchez volvió á brindar, aunque en la mesa reinaba ya mayor animacion, al grado que ya se habia introducido ese ligero desórden propio de la cordialidad que debe reinar entre convidados.

Cárlos hablaba con algunos banqueros que estaban á su lado, y los dependientes de la casa se afanaban en obséquiar á las señoras.

Entre los dependientes se distinguia notablemente el tenedor de libros, que disfrutaba ademas de habitacion y plato en la casa, un gran sueldo, y era considerado por todos los dependientes y servidumbre como la segunda persona de Cárlos.

En cierto momento, Cárlos creyó oportuno que la concurrencia se trasladase de nuevo al salon; pero antes de levantarse de la mesa, uno de los dependientes se acercó á Sanchez y le dijo:

—Señor Sanchez, invito á usted á tomar una copa de Champagne.

—Con mucho gusto.

Otros dos jóvenes entre tanto ofrecieron el brazo á las dos señoras que estaban á los lados de Sanchez, quien tuvo ocasion de quedarse en el comedor con algunos jóvenes que se proponian estrechar sus relaciones con aquel personaje, que habia tenido la desgracia de parecer *necesario* á aquellas gentes.

Uno de los dependientes, el de menos sueldo, se habia acercado á Cárlos para decirle:

—Se lo vamos á poner á usted como una seda.

Cárlos se sonrió, contentándose con contestar:

—Se los recomiendo.

Sanchez, ya en el centro de un grupo, contestaba con amabilidad creciente los cumplimientos que le dirijian aquellos jóvenes, tomando todas aquellas demostraciones, como nacidas del interes que podia inspirar por sus prendas y por su posicion social.

Un criado habia llenado las copas y las presentó en una charola.

Sanchez recibió su copa, y una vez los demas con la suya, dijo el mas joven:

—Señor Sanchez, tenemos el gusto de tomar á la salud de usted.

—Señores, contestó Sanchez en el acto; por la amistad y por que siempre vean ustedes en mí al amigo leal, al hombre de corazon y de principios que no sabe inclinar

su frente sino ante la virtud y la amistad. Señores, la verdadera amistad es una virtud.

—Permítame usted, le dijo un pollo á Sanchez, y llenó de nuevo la copa, toda era espuma.

—Pero quién sabe si el señor Sanchez tendrá mala cabeza, dijo otro.

—No, no señor, al contrario, estoy acostumbrado á beber fuerte: el otro dia en la comida que le dimos á D. Benito, tomara yo..... sí, muy cerca de cuatro botellas de Champagne.

Un murmullo acogió aquella andaluzada.

—No es eso, dijo un jóven; lo que hay es que el señor Sanchez no bebe porque no le hemos tocado la fibra.

—¿Qué fibra? vamos á ver, dijo Sanchez.

—¿Me permite usted una confianza?

—¡Ah! sí señor, de muy buena gana.

—Pues que llenen las copas.

—Veremos si acierta usted, dijo Sanchez mientras llenaban las copas y figurándose que le iban á hablar de Ketty.

—Vamos, apuesto, insistió el jóven, que ya usted adivinó, ¡ay amigo! todo se sabe, todo se sabe.

—Nada de misterios, agregó un tercero, el señor Sanchez es un hombre franco, segun lo que he podido conocer.

—¡Ah! sí señor, interrumpió Sanchez, yo soy muy franco, sobre que es mi pecado.

—Bien, pues entonces ¿digo el nombre? dijo el pollo.

—Sí, que lo diga, dijeron los demas.

—Brindemos, continuó el pollo, por la encantadora Ketty.

Estas palabras las pronunció el pollo bajando la voz.

—¡Ah pícaro! se permitió contestar Sanchez, alegrándose interiormente de que aquel detalle de su vida hubiera salido á luz, porque en concepto del mismo Sanchez, tener una cocota era darse cierto aire de grandeza.

—¡Oh! es una muger muy interesante, dijo uno.

—Y sobre todo, agregó Sanchez ¡qué corazón! ¡qué alma! ¡que sentimientos!

—Pues por Ketty, repitió el pollo presentando de nuevo una copa á Sanchez.

—Una palabra; dijo Sanchez, me tomo la libertad de invitar á ustedes todos, señores, á un pequeño almuerzo; suplico á ustedes tengan la bondad de aceptarlo honrándome..... ¿aceptan ustedes?

Los seis jóvenes que rodeaban á Sanchez chocaron sus copas en señal de asentimiento y bebieron.

—Tenga usted la bondad, le dijo al mas jóven, de escribir los nombres de estos señores en una tarjeta.

—Con gusto, dijo el jóven.

Y apuntó los seis nombres en la tarjeta que le presentó Sanchez.

En el salon seguia el concierto, pero como entre el salon y el comedor mediaban muchas piezas, y aquel grupo alegre podia hablar con alguna libertad, sin que sus voces fueran percibidas.